

Mito o realidad acerca de los colombianos

No es en vano, que los viajeros y los extranjeros siempre dicen que los colombianos son de las personas más amables y cálidas que jamás conocerás. Aproximadamente un mes antes de empezar nuestro viaje, fuimos a una feria de Overland en Colorado, y ese parecía ser el tema entre todos los presentadores, “conocerás la gente más amable en Colombia” y eso derretía el corazón de Mafe cada vez que alguien lo decía. Ahora, hemos tenido la oportunidad de vivirlo, una y otra vez.



Primer acto, medio raro, de bondad.

En Mompós, nuestra primera parada después de Cartagena, alguien sugirió que probáramos el ron artesanal local, *Ñeque*. Al día siguiente, nos detuvimos en una casita donde un hombre vendía granizados de frutas. Empezamos a charlar sobre todo tipo de cosas, como se hace en Colombia, y la conversación nos llevó a *Ñeque*. El dueño nos explicó cómo tomarlo correctamente, con menta y canela, y antes de que nos diéramos cuenta, su mensajero se ofreció a ir a buscarnos una botella donde "el Mono". Se subió en la bicicleta del dueño y desapareció por la carretera. Media hora después, estaba de regreso, botella en mano.

Así es como terminamos con *Ñeque*, el alcohol ilegal colombiano, entregado directamente por la voluntad de un completo extraño para darnos a probar una bebida verdaderamente local.

Por cierto, ¡Scott ha hecho unos buenos cócteles con él!



Segundo acto de bondad.

Antes de salir de Cartagena, nos unimos a un grupo de chat local para obtener consejos sobre rutas, lugares escondidos y buenas áreas para acampar. Un día después de publicar una pregunta sobre Santander, un hombre llamado Juan respondió y nos invitó a un tinto en Bucaramanga. Nos reunimos con él, su esposa Nancy y algunos otros amigos de casas rodantes, que había invitado a conocernos, y nos conectamos al instante. Compartieron historias de viajes, rutas ocultas y muchas anécdotas. Antes de que pudiéramos sacar nuestra billetera, Juan y Nancy insistieron en pagar nuestro tinto y varios mecatos regionales que había pedido para nosotros. Nos dieron su información de contacto, nos dijeron que llamáramos si alguna vez necesitábamos algo e incluso nos ofrecieron un lugar para quedarnos si pasábamos por su ciudad.

Desde entonces, se han mantenido en contacto, enviándonos los contactos de amigos y compañeros de viaje mientras conducíamos por Santander. Ese sentido de comunidad es algo que nunca olvidaremos.

Tercer acto de bondad.

Unos días más tarde, en Los Santos, esa misma amabilidad nos encontró de nuevo, ¡solo que más fuerte!

Estábamos tratando de averiguar dónde acampar para pasar la noche cuando paramos en el pueblo para usar un cajero automático. Por pura suerte (¿o mala suerte?), nuestra tarjeta de débito local acababa de vencerse. Así que fuimos a una pequeña sucursal bancaria con la esperanza de obtener algo de efectivo de nuestra cuenta colombiana. Típico de Mafé, le preguntó a la mujer detrás del mostrador si conocía un lugar seguro donde pudiéramos parquear por la noche. Un muchacho, Mauricio, escuchó y preguntó: "¿Cuántas personas?" Luego sonrió, nos mostró una foto en su teléfono y dijo: "Esta es la mejor vista del sitio". Realmente se veía increíble. "Es mi *finca*", dijo. "Pueden quedarse allí, justo al borde del Cañón del Chicamocha".



No quería cobrarnos, pero insistimos. Solo pidió que le diéramos 30.000 pesos (unos 7 dólares) a la mujer que cuida su tierra, Carmen. Antes de irnos, nos llevó a su casa para que pudiéramos llenar nuestro tanque de agua con su manguera de jardín. Mientras llenábamos, llamó a Carmen para avisarle que íbamos ir, le dijo: "*Ahí va una señora y un señor gringo*", lo que nos hizo reír, "muéstreles dónde parquear a la orilla del cañón, donde planeamos construir la cabaña".

Cuando llegamos, Carmen, una dulce mujer mayor, humilde, que vivía con su hijo en una casa diminuta, casi como una choza, nos recibió con una sonrisa. Nos mostró dónde parquear y más de una vez se ofreció a cocinar para nosotros. Nos negamos y le entregamos los 30,000 pesos, ella no quiso aceptarlos y se ofreció nuevamente a cocinar para nosotros. Cortésmente, nos negamos y ella regresó a su casa.

Esa noche, bajo las estrellas colombianas, gracias a la amabilidad de Mauricio, pasamos la noche en uno de los lugares más hermosos que hemos acampado, justo al borde del Cañón del Chicamocha, con vistas a la cordillera de los Andes, el río y una paz absoluta. Fue mágico: solo nosotros, *Taco Libre* y el sonido del viento moviéndose a través del valle.



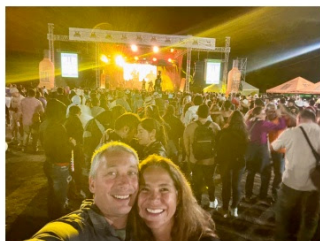
Con esta vista nos despertamos desde nuestra carpa

A la mañana siguiente, pasamos por la casa de Carmen para despedirnos. Estaba llorando: su hijo había tenido un accidente de motocicleta esa mañana. Estaba magullado y sangrando. Sin pensarlo dos veces ofrecimos a llevarlo al hospital más cercano. Carmen estaba muy agradecida e insistió en darnos algo a cambio. Primero ofreció un pollito, pero lo rechazamos. Luego ofreció una planta. Luego ofreció el pollito Y la planta. Nos negamos de nuevo, por supuesto, y para no parecer ingratos, explicamos que no podíamos llevar ni el pollo ni la planta al camino. Su insistencia y su necesidad de dar, incluso cuando tenía tan poco, fue extremadamente conmovedora. Llevamos a su hijo a la ciudad para recibir atención médica y continuamos nuestro camino.

Barichara.

Nuestra siguiente parada fue Barichara, uno de los pueblos coloniales más bellos de Colombia. Por pura suerte, llegamos justo a tiempo para las *Fiestas de Barichara*, que caen en el fin de semana largo de *El Día de la Raza* y el cumpleaños de Mafe. Todo el pueblo estaba lleno de música, baile y ese encanto único de Colombia. Hubo orquestas en vivo tocando música colombiana en la plaza principal, puestos de comida, fuegos artificiales y varios desfiles.

Y luego sucedió algo divertido, mientras caminábamos por la ciudad, vimos un carro equipado casi exactamente como el nuestro, con placas de California. Scott prácticamente salió corriendo tras él. Terminamos conociendo a otra pareja haciendo lo mismo que nosotros, manejando hacia el sur, hasta Argentina. Intercambiamos información de contacto, y quién sabe, tal vez ya hayamos conocido a uno de esos compañeros de viaje que encuentras una vez y con los que te cruzas una y otra vez en la carretera.



Entonces, no es un mito que Colombia tiene la gente más amable y cálida, especialmente hacia los extranjeros, y ¿sabes qué más no es un mito? Nadie en el mundo rumbea como los colombianos. Bailamos en el recinto ferial con orquestas en vivo, ¡incluso una del Ejército de Colombia!

Fue el final perfecto para nuestra segunda semana en la carretera con *Taco Libre*.

Luego compartiremos más acerca de las ciudades coloniales de Colombia y nuestra próxima parada en el mágico departamento de Boyacá.

13 de octubre de 2025

